

DIEGO ARTEAGA

AGRUPACIONES ARTESANALES DE CUENCA (SIGLOS XVI - XVII)

Casi nada quedaba de la otrora magnífica ciudad de Tomebamba luego de las guerras inkásicas de sucesión dinástica, de sus construcciones o de su población. Aparentemente no era atractivo instalarse en sus predios de no contar con suelos fértiles, un buen clima y la presencia de considerables recursos naturales.

Cuenca, fundada en 1557 a un costado de estas ruinas, desde 1560¹

se constituye en el centro de operaciones de una importante actividad minera al sur de la Audiencia de Quito, la cual duraría hasta las dos primeras décadas del siglo XVII. Al declinar ésta, volcaría su trabajo a la agricultura, ganadería y en menor intensidad a las artesanías, tareas que marcarían su economía durante toda la época colonial, manteniéndose como la segunda ciudad de la Audiencia.

(1) Libro Primero de Cabildos de la ciudad de Cuenca (1557-1563), Quito, Talleres tipográficos Municipales, 1938, Vol. XVI.

Como casi todas las ciudades erigidas por los españoles en América, fue organizada siguiendo el modelo del cuadrículado. En el centro de la traza debían instalarse los centros de poder político y religioso, y en sus alrededores debían residir los blancos que incluían a españoles, portugueses (casi todos comerciantes) e italianos. Fuera de la traza debieron habitar los indios, a los cuales les fueron asignados dos lugares que luego se erigieron en parroquias de indios, San Sebastián al oeste de la ciudad y San Blas al este; mas en la práctica esta segregación racial no fue tan rígida, pues observamos una convivencia de indios y blancos especialmente en San Sebastián.

En este marco y ante la escasa presencia de mano de obra india, se hizo indispensable la concurrencia de individuos que desempeñaron los oficios necesarios para el desenvolvimiento de la ciudad, así fueron convergiendo en éstos los blancos, mes-

tizos, indios y, excepcionalmente, los negros.

Tanto los oficios como las personas que los ejercieron, imprimieron ciertas características en el aspecto organizativo que singularizaron a Cuenca. En efecto, a similitud de los que ocurría en Lima en el siglo XVI², en la ciudad, algunos oficios tempranamente se agruparon en torno a un gremio, así conocemos en 1577³ al de los sastres, herreros y zapateros; corporaciones que durante los siglos en estudio no adquirieron notoriedad. De otro lado, a diferencia de Quito, por ejemplo, de donde, desde 1581⁴ tenemos noticias de por lo menos una cofradía de carácter artesanal, en Cuenca no existían o no hemos localizado aún ningún documento que haga referencia a tal agrupación.

En el ámbito del ejercicio de los oficios cabe destacar que algunos individuos, generalmente españoles (también portugueses), de presencia

(2) Rafael Varón, "Cofradías de indios y poder local en el Perú colonial: Huaraz, siglo XVII". *Allpanchis*, Vol. XVII, No 20, 1982, p. 132.

(3) Cuarto libro de Cabildos, 1575-1578 (Cuenca), Archivo Histórico Municipal y Xerox del Ecuador, Cuenca, folio 113v.

(4) Varios Autores. *Arte Ecuatoriano*, Salvat Editores, 1985, Tomo 2, p. 144

notable en sus tareas, se convirtieron en funcionarios del municipio durante el tránsito del siglo XVI al XVII, quizá abandonando sus originales actividades, situación que al parecer hizo necesarios los contratos de aprendizaje de diferentes oficios. Estos contratos, que no se extienden más allá del primer tercio del siglo XVII y se imbrican con la cada vez mayor presencia de los maestros y menor número de oficiales, nos lleva a proponer que los artesanos escapaban en gran medida al control de las autoridades y/o los realizados entre el maestro y el aprendiz se efectuaban de alguna manera que no trascendieron a la documentación.

Cuenca albergó a gente con diferentes oficios, así tenemos a los cereros, calceteros, tintoreros, doradores, albañiles, e inclusive a individuos que planeaban establecer en 1599 una imprenta de naipes, entre otros.

Como una herencia del medievo

español aplicada en América, las personas que desempeñaron un oficio similar debían concentrarse en un mismo lugar al interior de la ciudad⁵. En Cuenca, esta aseveración es válida tan sólo para el caso de los plateros españoles, pues los restantes oficios fueron ejecutados en su periferia, si bien, teóricamente, debían ubicarse en las tiendas en los alrededores de la Plaza Central con el propósito de poder ejercer sobre ellos control municipal.

En 1584⁶, los miembros del municipio manifiestan su preocupación por la mezcolanza de los artesanos, especialmente de los indios, en el sector suburbano de la ciudad, mas no se tomó ninguna acción para solucionar este desorden; de ahí que resulte de mucho interés abordar el origen de los barrios artesanales cuencanos. Nos referimos únicamente a aquellos oficios menestrales cuya presencia documental nos permita tal tarea.

(5) Jesús Paniagua Pérez, La plata labrada en la Audiencia de Quito (la provincia del Azuay), Siglos XVI-XIX, León, 1989, p. 127.

(6) Libro Quinto de Cabildos de Cuenca, (1579-1587), Archivo Histórico Municipal y Xerox del Ecuador, p. 376.

Tejeros, ladrilleros y oleros

La fabricación de tejas -actividad introducida por los españoles- fue la "primera industria de la construcción"⁷, seguida muy de cerca por la elaboración de ladrillos que, a diferencia de la primera, tiene antecedentes prehispánicos igual que la cerámica.

Con el propósito de dotar a la ciudad de individuos que trabajaran en estos menesteres, Gil Ramírez Dávalos, fundador de la ciudad, sacó de Paute a un grupo de indios, instalándolos en un sector en donde existían minas de arcilla y caolín⁸ "arriba de los carpinteros". Estos indios llegaron a contar con un tejear de su propiedad. La vigilancia de sus obras estuvo a cargo de Diego de Arévalo Arze a partir de 1579⁹.

La concentración de tejares se dio entre San Sebastián y Sayausí. Aquí tuvo la ciudad el suyo entre las calles

de la Ronda y la de la Contraronda, luego de que en 1589¹⁰ el municipio dispusiera su construcción debido a que éstos se localizaban demasiado lejos de la ciudad con la consiguiente dificultad que tenía el traslado de las tejas, lo cual elevaba su precio.

Los conventos de San Agustín (1584) y el de San Francisco (1605) tuvieron sus tejares al igual que los jesuitas a partir de 1663.

La corona contó con uno que funcionó durante el siglo XVII y que para 1764 se lo menciona como el "viejo tejear del Rey", es decir, estaba fuera de funcionamiento.

También existieron aquellos de particulares como los de Rodrigo Marco de Pineda (1580), Benito de Mendaña (1587) y el de Joan de Ortega (1663).

Fuera de este sector, existió uno frente al Matadero a comienzos del

(7) Varios Autores op. cit. p. 18.

(8) Ivan González, "Cuenca: los barrios de tierra y fuego", en : Cuenca: Barrios de Tierra Fuego (Desintegración de los barrios artesanales), 1992, p. 22.

(9) Libro Quinto de Cabildos... p. 44.

(10) Sexto Libro de Cabildos de Cuenca (1587-1591), Archivo Histórico Municipal y Xerox del Ecuador, p. 76-77.

siglo XVII, en el cual elaboraba tejas y ladrillos Diego Alonso Márquez, un constructor de puentes.

Si bien desde las primeras décadas de existencia de Cuenca tenemos viviendas con techos de tejas, no es sino a mediados del siglo XVII que su uso es cada vez mayor; igualmente, la construcción de las viviendas con ladrillos, sustituyendo al adobe y bahareque, se torna más frecuente a partir de esta época.

Como un actividad paralela a la de los tejares, está la elaboración de recipientes de barro, cuyo centro de ¿producción? o/y de ¿venta? se encontraba en la “parte baja” de la ciudad, en las denominadas “caserías de los olleros? u “ollerías de los naturales”. Desconocemos el origen de estos indios, aunque debemos anotar que predominaban en sus inmediaciones los originarios de Sigsig.

Entre los utensilios elaborados por los olleros tenemos cántaros, escudillas, medianos y platos (aunque no

faltaron en la ciudad los provenientes de Quito). Conocemos de una india llamada Magdalena, especializada en la fabricación de jarros, residiendo en San Sebastián en 1680.

Cuenca se abastecía de objetos de barro provenientes de Sicay (a unos 7 kilómetros al NE de la ciudad) en donde residía un grupo de olleros. Si bien la fecha más temprana de su existencia es 1659, es posible que estuvieran trabajando desde hacia mucho tiempo en el sector, pues el material utilizado en la elaboración de los objetos era de alta calidad como lo reconocieron en 1781 sus “descubridores”¹¹.

Carpinteros

Al igual que a los indios tejeros, Gil Ramírez Dávalos los sacó de sus tierras, esta vez de Gualaceo, para que “aprendiesen y usasen el oficio y sirviesen a los vecinos de la ciudad”¹² y los instaló entre el límite oeste de la ciudad y el lugar de asentamiento de

(11) Juan Chacón Zhapán, “La tecnología artesanal del Ecuador, durante la Colonia”, *Artesanías de América*, No.34, 1991, p. 52-54

(12) Libro Quinto de Cabildos...p. 362.

los indios molleturos a orillas del río Tomebamba, como una solución práctica para el transporte de la madera¹³. Estos indios estuvieron agrupados bajo la autoridad de los alcaldes de carpinteros. Conocemos que uno de estos fue Pedro Guaxa, un indio natural de Molleturo, difunto en 1599, lo cual explicaría que para el siglo XVII, exista un número muy significativo de indios carpinteros originarios de Molleturo, cohabitando con otros de diversas procedencias en San Sebastián. A partir de 1559¹⁴, se designa a Mateo Gutiérrez para que trace todas las obras de carpintería que se realicen en la ciudad y para que cuide de las mismas. Este control debió aplicarse también sobre los indios.

Este sector los albergó de manera

continua. Para mediados del siglo XVII, se le conoce como “las caserías de los carpinteros”, aunque existieron casos de estos artesanos residiendo al interior de la traza como el del tornero Francisco Tenesaña (1608) o en San Blas.

Realizaban trabajos que iban desde aquellos relacionados con la construcción de casas, menajes de hogar hasta cajas de arcabuces. También fabricaban figurillas de animales.

Como un dato importante, es la presencia en 1682 de un indio carpintero apellidado Otorongo residiendo en San Sebastián, ¿se destacó por algún motivo como para que luego el sector sea reconocido como la Plaza del Otorongo?¹⁵.

(13) Libro Primero de Cabildos... p. 232.

(14) *Ibíd.*, p. 215.

(15) Esta interrogante es válida, en tanto que existen otros artesanos que descollaron en sus actividades y eran tenidos muy en cuenta. Así Joan Chapa, un indio zapatero de quien en otra ocasión hemos tratado detalladamente, Diego Arteaga, “Joan Chapa y su legítima mujer Magdalena Caroaysuchi. Una Familia india en Cuenca. S. XVI-XVII”. *Revista del Archivo Nacional de Historia/Sección Azuay, número 10*, (en prensa); fue tan conocido, que la calle en que tenía su morada, era reconocida como “la calle de Joan Chapa”, o las casas de Joana, una india artesana (1630), eran reconocidas en 1691, cuando seguramente ya había fallecido, como las “casas de Joana pintora”, Archivo (A) Nacional (N) de Historia (H)/ Sección Azuay, Cuenca (C), Notaría III, Libro (L) 527 folio (f) 267v.

Plateros

La actividad minera cuencana atrajo a los plateros, prueba de ello es el hallazgo, de nuestra parte, del testamento de Diego de Astorga fechado en 1565, a través del cual podemos conocer detalles de sus relaciones con sus colegas en el ámbito del virreinato peruano, con Luis de Luna, platero, en Chile y con los plateros de Cuenca, luego de su paso por la ciudad de Huamanga ¹⁶.

Nuevos datos parecen confirmar lo señalado por Paniagua ¹⁷ en el sentido de que estos artesanos, los españoles, residieron dentro de la traza. En efecto, se mencionan “unas diez tiendas de plateros” ¹⁸ ubicadas en la parte baja del cabildo y de la casa de fundición, inmediatamente luego de la fundación de la ciudad. Por su parte, Gaspar Crespo (1592) el primer platero vecino de Cuenca residió en un bohío cerca del hospital y Francisco Despinoza (1596) tuvo su

morada en la Plaza Pública.

En relación a los indios plateros, desconocemos si es que hubo una “prohibición táctica” referente a su incorporación en el ramo ¹⁹. De lo que estamos seguros es de su existencia, pues contrariamente a lo señalado por Paniagua ²⁰, en la documentación notarial cuencana sí existe la denominación “indio platero”.

Estos artesanos realizaban trabajos de joyería, confeccionaban saleros, además de instrumentos musicales de estilo español, trompetas por ejemplo.

Si bien se presentan con cierta regularidad a lo largo de estos dos siglos, de pocos podemos señalar con certeza su residencia. A finales del siglo XVI, Domingo Cóndor, Miguel Cumanche y Andrés, residieron en el Batán, y al finalizar el siglo XVII Miguel Gualuto y Sebastián Tipán, residieron en San Sebastián, por su

(16) ANH/C L 487 f 828.

(17) Jesús Paniagua Pérez, op. cit., p. 127.

(18) Fernando Jurado Noboa, “Los plateros de Cuenca en los siglos XVI y XVII”, HOY, 1994, p. 4-5.

(19) Jesús Paniagua Pérez, op. cit. p. 141.

(20) Ibid., p. 280.

parte, Pedro Camchasigra tuvo su morada en El Vecino²¹.

Pintores

Al hablar de pintores lo hacemos de aquellos que lo realizaban al óleo, de los que pintaban mantas y esculturas. Sus obras podían obtenerse a través de ciertas tiendas como la de Diego Martín Lozano (1608), esperar el paso por la ciudad de artesanos como el pintor lojano Juan Pérez (1603) para “encargarle” algún trabajo o acudir a ciertos lugares como la casa de Diego Quinatocta, en San Blas, quien contaba con obras de escultura y pinturas al óleo, trabajos realizados por don Diego Zanypati, cacique de Mulahaló (1615)²².

Sin embargo, la presencia de estos artesanos, casi todos indios, residiendo en San Sebastián, lo convirtieron en un sector de pintores. En efecto, aquí tuvieron sus casas de morada y sus talleres don Francisco (1608) y Cristóbal Faycán (1641) indios naturales de Quito. Igualmente tuvieron sus predios los indios naturales de Cuenca, entre los que destacan los Gualamlema, indios molleturos. La referencia más temprana de un miembro de esta familia la tenemos al conocer en 1597 a don Juan Gualam-lema. Es posible que aprendiera el oficio en Quito y, luego, al regresar a Cuenca, lo transmitiría a toda una dinastía de indios pintores: don Francisco Díaz Gualamlema (1617-1628)²³, don Carlos Gualamlema (1627) y don Joseph Gua-

(21) Dos puntos merecen destacarse en los indios plateros: primero, que la presencia de Miguel, trompetero y platero en 1622, amerita ser considerada en su real valor, pues fue un artesano que debió poseer un conocimiento cabal de las aleaciones de los diferentes metales utilizados en la elaboración de las trompetas como para que el instrumento tenga el timbre adecuado. En Italia, por ejemplo, durante el siglo XVI, muy pocas personas podían ser trompeteras, pues no se alcanzaba fácilmente la pericia requerida para el efecto; y, segundo, la presencia de los plateros indios en la ciudad contradice a lo manifestado por Paniagua Pérez, op. cit., p. 280, en el sentido de que su actividad estaría relegada a los centros mineros o sitios cercanos (Chordeleg, por ejemplo) y que contaría con una clientela indígena. Algunos indios plateros, además de artesanos, fungían de prestamistas de dinero.

(22) ANH/C L 489 f 570v.

lamlema (1631-1643)²⁴. Como algo digno de destacarse de esta familia es que asoman antes que los pintores originarios de otros lugares, lo cual nos lleva a pensar que realmente convirtieron el oficio en una actividad familiar que marcaría el inicio de una de las tradiciones artísticas de Cuenca.

El indio Pedro Juncal (o Pedro Quito como también se lo conoce) quizá debido a que su madre fue una india mindala muy rica, de las primeras que hubo en Cuenca, se dirigió a Quito para aprender el oficio en una fecha anterior a 1640²⁵. A su regreso a Cuenca e instalado en San Sebastián, “ganó plata” realizando trabajos para uno de los conventos de la ciudad.

Otra presencia destacable es la de Joana en quien había visto a la prime-

ra india artesana de la cual tenemos noticia en Cuenca, desempeñando simultáneamente la carpintería y la pintura -algo singular para su época en una mujer- desde la tercera década del siglo XVII²⁶.

De quien más datos disponemos es del maestro pintor Luis de Amores, un artista itinerante que vivió en las ciudades de Quito, Cuenca, Loja. Su entorno social puede ser conocido con cierto detalle²⁷. A pesar de que detenta la calidad de maestro, su filiación étnica no es precisa, pues en 1649, es señalado por algunas personas como “un mestizo montañés en ámbito de español con espada y daga” y por otras que, por estar en traje de español, no están seguras si es un indio o un mestizo²⁸.

Quizá como una extensión de los pintores de este sector hacia otros,

(23) Las cifras aquí presentadas son las extremas localizadas en referencia a cada indio pintor. Estas observación es válida para casos similares de otros artesanos.

(24) Es posible que haya sido quien trabajara en 1627, un retablo de Nuestra Señora de los Angeles con “dos pilares dorados”, uno en cada lado (del retablo)”, pues se menciona como su realizador a un tal don Josephe, Diego Arteaga, op. cit.

(25) Ibid.

(26) Ibid.

(27) Ibid.

(28) ANH/C Carpeta 112.471 f 16.

podamos considerar que Pedro Juncal, Joana, así como Blas Faycán, pintor (1679), posiblemente descendiente de Cristóbal Faycán, también residieran en San Blas o, en el caso de don Domingo, (1645) en Sontor.

La presencia de estos artesanos, junto a la de otros, de los cuales solamente conocemos sus nombres, tales como Antón, indio pintor y pregonero (1603) o los indios Lázaro y Antonio, difuntos para 1691, habrían consolidado a Cuenca como un verdadero foco de la pintura en el ámbito de la Audiencia de Quito.

Tenerías y zapateros

El ganado mayor y menor, introducido por los españoles, del cual Cuenca y su jurisdicción estuvo provista en cantidad suficiente como para venderlo, sea en pie o en productos, especialmente en las zonas mineras, Lima o Quito, dio como resultado la presencia de numerosos artesanos en el ramo del cuero.

Las tenerías en los primeros años de vida de la ciudad española, debieron instalarse a la entrada de la ciudad junto al matadero a orillas del arroyo llamado Buzalauca (o Ullaguangayacu su denominación posterior). Al trasladarse éste al sitio de su ubicación definitiva a partir de 1562²⁹, a orillas del río Tomebamba, frente a todos Santos, llevó consigo la construcción de otras.

Las tenerías de Pumapungo, tuvieron como particularidad, que sus propietarios residieron dentro de la traza, con el paso del tiempo fueron fijando sus moradas en este sector.

En San Sebastián, a orillas del río Tomebamba, se instalaron otras dos tenerías entre 1621 y 1658.

Posiblemente debido a alguna disposición municipal o quizá como el resultado de la urbanización de la ciudad, nos enteramos que a partir de la tercera década del siglo XVII un número cada vez mayor de indios curtidores, silleros y uno que otro zapatero, fueron instalándose a mi-

(29) Libro Primero de Cabildos... p. 351.

tad de camino entre Cuenca y los Depósitos del Inka, sector que hoy corresponde al Barrio de la Zuelería, a la par que funcionaban algunas tenerías: la de Andrés, indio (1637), Gil Ruiz de Tapia (1639) y la de don Carlos Duchigatñay (1640). Estas acciones tuvieron como resultado la desaparición de las tenerías de Pumapungo.

Fuera de la ciudad y áreas vecinas fueron estableciéndose otras tenerías, como la de Joan del Carpio, en Narancay. Este artesano conjugó el trabajo en cuero con la centería (hojalatería).

De las tenerías no solo salían cuero para zapatos o para sillas de caballos, también se curtían cueros de chivos, conejos o de venados que eran utilizados para forrar escritorios, asientos de sillas o de taburetes y en ocasiones se los utilizaba como puertas de interiores. Igual se curtían cueros de lobos marinos para servir como forros de escopetas.

La zapatería fue desempeñada, en los primeros años, por blancos, uno de éstos Gaspar López, llegó a ser regidor de la ciudad al finalizar el siglo XVI. Estos artesanos tuvieron

sus moradas al interior de la ciudad. Con el paso del tiempo, se convirtió en un oficio desempeñado únicamente por indios quienes fijaron sus residencias en San Sebastián.

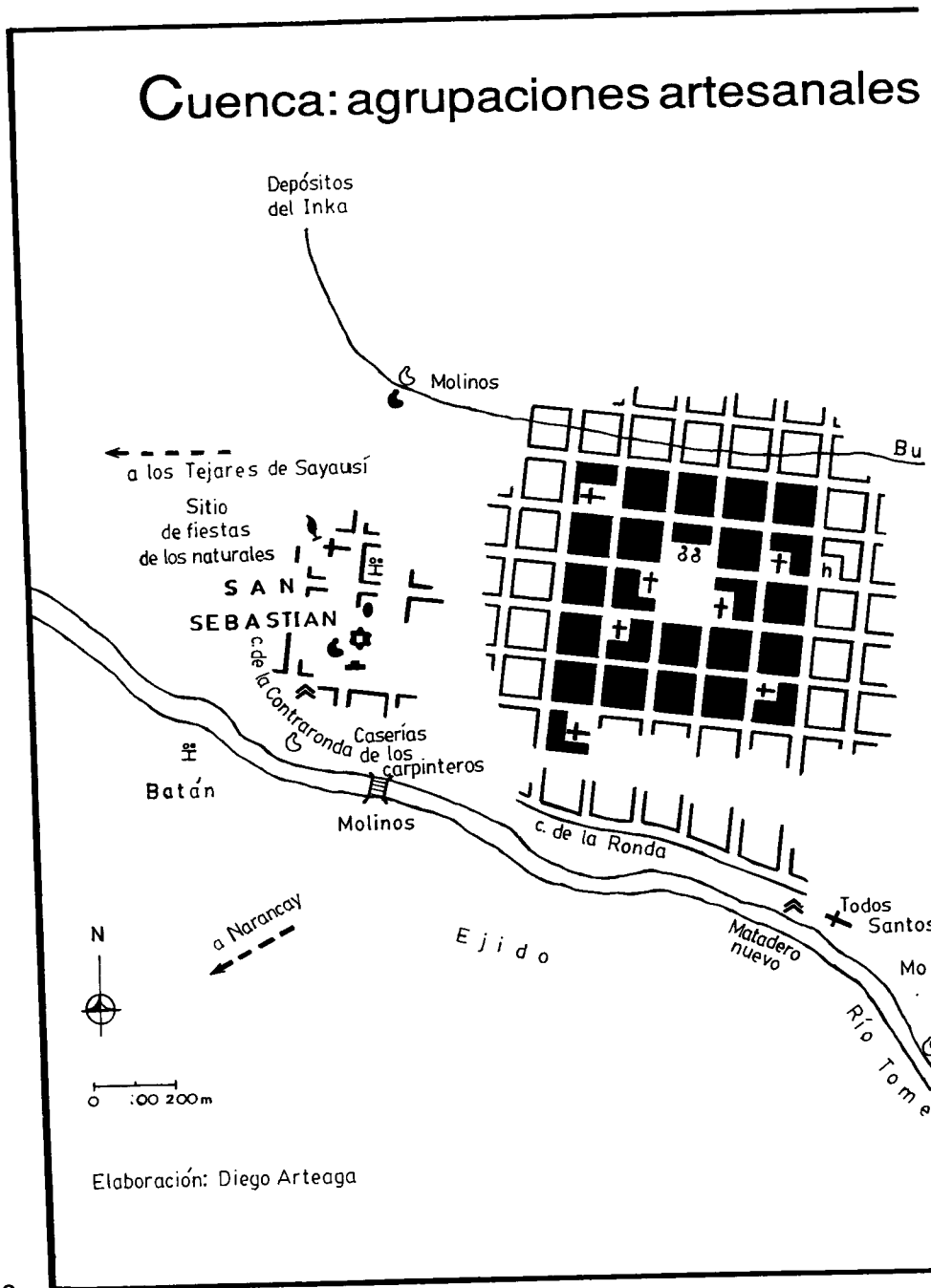
A pesar de que hubo zapateros en otros sectores como la mencionada Zuelería o en la Guataná Chimanpacha, San Sebastián nunca perdió hegemonía.

Petaqueros

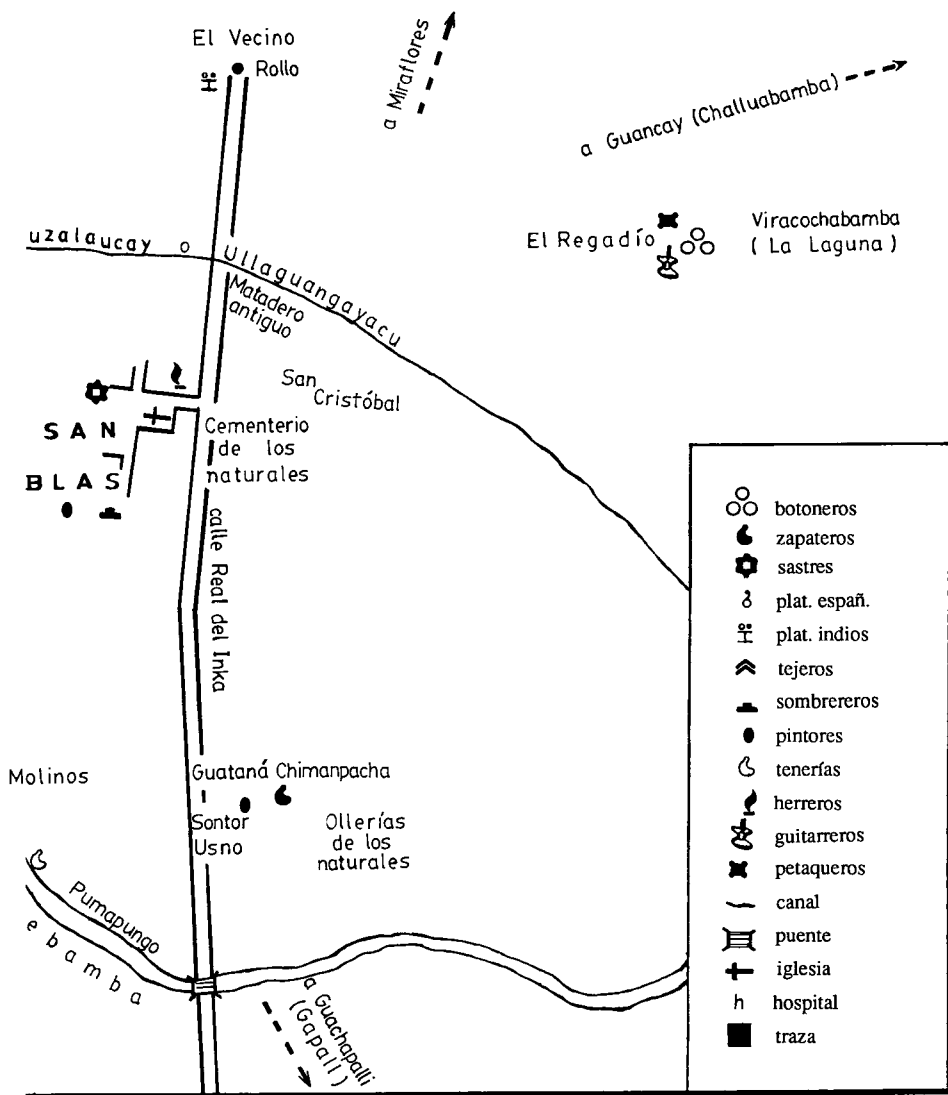
Con estos artesanos tenemos la dificultad de no saber con exactitud de qué material confeccionaban las petacas, pues las hay de cuero y de totora. Inclusive, uno de los sitios de concentración de estos artesanos, el área de La Laguna, en donde residieron, entre otros los indios Matero (1597) y Joan Quispe (1635) - el otro fue Miraflores - se presta para tal confusión. En efecto podían ser petaqueros de cuero como una actividad que se habría originado al instalarse el primer Matadero de la ciudad; o petaqueros de totora, puesto que la materia prima estaba accesible en las inmediaciones.

Se trató de una actividad desem-

Cuenca: agrupaciones artesanales



(s. XVI-XVII)



peñada únicamente por indios.

Botoneros

Se establecieron de una manera continua por bajo de la ciudad en el área comprendida entre San Blas - con Lorenzo, indio (1645)- y El Regadío, desde fines del siglo XVI, con Andrés, Alonso y Hernando Tenemaza; y el Rollo de El Vecino, con Sebastián Tenemaza (163%).

Fue un oficio desempeñado durante el siglo XVI por indios naturales de Tixán, lugar que estuvo dentro de las zonas de obrajes quiteños. En el siglo siguiente fue desempeñado igualmente por indios, aunque el lugar de sus orígenes desconocemos; presumimos que serían descendientes de los primeros botoneros.

Los botones eran confeccionados de hueso, cerda de caballo y, sobre todo de seda; razón por la cual se utiliza sedero como sinónimo de botonero.

¿Confeccionaban estos artesanos los cedazos para cernir harina al disponer de cerdas de caballo,

elemento básico para su elaboración?

Guitarreros

Entre los instrumentos musicales introducidos por los españoles en América, como el clavicordio de Blas Melgar (1599), el órgano con el cual el indio Pedro Cornejo impartió sus clases de música y canto llano a las monjas conceptas (1599) o las trompas de París, se encontraba la guitarra.

Si bien tenemos referencia de la presencia de guitarras (o vihuelas) tres décadas antes de finalizar el siglo XVI, no es sino a partir de 1613 que nos enteramos de la existencia de los guitarreros con Sebastián, indio. Luego su presencia se da de una manera ininterrumpida, destacándose en esta labor Joan Collaguaso (1630-1645). Su realización, en lo que se refiere a la parte de la madera, fue llevada a cabo únicamente por indios. Las cuerdas se las importaba de España y de Italia.

Se ubicaron de manera permanente mezclados con los botoneros y petaqueros.

Sombrereros

La presencia de tocados prehispánicos ha sido abundantemente documentada y quizá como su continuación, pueda ser tomada la mención de sombreros baladíes “hechos aquí (en Cuenca) del tiempo antiguo” (1603).

Luego de la llegada de los españoles, comienza el uso de sombreros de alas, confeccionados de fieltro o de paja toquilla, como se desprende de la posesión de un tal Joan, mercader, de una funda de paja de sombrero en 1607.

Desconocemos si estos artesanos estaban especializados en algún tipo de sombrero, pues los había uno solo para indios y otros para españoles.

La presencia de sombrereros en la ciudad se da de una manera ininterrumpida desde 1592, con Joan Padilla, concentrándose, sobre todo, en San Sebastián.

Dos familias se destacan en este oficio: la del indio Diego Quinatocta, originario de Mulahaló, desde 1604 hasta 1640, con Ventura Quinatocta, y la de Sebastián Tubatama, indio natural de Saraguro (1625) quien, al

parecer, trasladó su residencia desde Patamarca, en donde cohabitó, con su hijo Agustín Tubatama y su yerno Blas Tubatama, hacia San Sebastián, en 1653.

Sastres

Su trabajo fue de gran utilidad para la ciudad, al punto que su presencia documental supera notablemente a la de otros colectivos.

Durante el siglo XVI, la mayor parte de sastres fueron blancos, quienes tuvieron que satisfacer los requerimientos de indumentaria de manera fundamental para la población europea. Así tenemos que tempranamente se formaron compañías para el ejercicio de la profesión, como las establecidas por Joan de Pedraza, con Marín de Vera, en septiembre de 1563 y tres meses más tarde, con Diego Rodríguez. Otros sastres que destacaron por su trabajo fueron Cristóbal de Montoya (1592-1603) y Joan González (1594) y, entre los escasos indios, lo hicieron Diego (1592) y Francisco Zupazaca (1598).

En el transcurso del siglo XVII, étnicamente los sastres mantienen

cierto equilibrio entre los indios y los blancos en cuanto a su presencia documental (en 1608 tenemos noticias de Pascual, un sastre mulato). Con el paso del tiempo el oficio va tomando el carácter de tradición familiar, pues tenemos información de los indios de Arévalo: Rafael (1649-1676) y Julián (1672-1676) y de los Gómez: Joseph (1643-1680) y Francisco (1650). Entre los sastres blancos destacan Joan de la Peña, sobre todo por sus contratos realizados para la enseñanza del oficio: con Antonio Soarez (1598), Joan Vélez (1600), Joan Gómez de Gomide (1602), Andrés Pérez de Luna, "el mozo", (1603) y Andrés Fernández (1608).

Pedro Chicaiza, (1607-1618), un indio propietario de un prestigioso taller en la ciudad, es un caso válido para señalar que sus colegas -como él- confeccionaban ropa tanto de varón como de mujer. Este artesano contó con una selecta clientela entre los blancos civiles y religiosos. Igual nos es útil para señalar que, además de confeccionar las prendas, proporcionaban ciertos complementos para el atuendo, como por ejemplo sombreros; así, otro sastre, Lorenzo, indio, ofrecía a sus clientes sombreros de Segovia (España), en 1594.

Hubo quienes destacaron por la factura de su trabajo como el ya mencionado Joseph Gómez, a quien se le conocía como: "el parejo".

Mantuvieron una continuidad de residencia en San Sebastián desde comienzos del siglo XVII. A partir del primer tercio de este siglo, San Blas va adquiriendo cierta importancia en albergarlos.

Herreros.

Las parroquias de indios jugaron un rol importante en las comunicaciones. La de San Blas era el paso obligado entre Quito y Lima; San Sebastián adquirió mayor importancia en este sentido, pues ponía en contacto a la ciudad con el Puerto de Bola y de ahí con la costa pacífica por vía marítima. A estas se acudía por indios cargadores o por animales para que transportaran las mercaderías. No resulta extraño entonces, que asomen a sus predios indios arrieros, sobre todo en San Sebastián, desde los años noventa del siglo XVI, con el consiguiente requerimiento de herradores y con ellos, de herrerías.

Al ser un oficio introducido por

los europeos en América se explica que el primer herrero del cual tengamos noticia en la ciudad, sea el portugués Joan Fernández, quien fue designado alguacil mayor de la ciudad en 1558.³⁰ Este artesano tuvo su taller dentro de la traza.³¹

Los herreros prontamente adquirieron notoriedad por su trabajo, lo cual nos facilita en el propósito de ubicar sus moradas, así para 1565, conocemos que Blas Salguero reside en el sector del Batán.

Los restantes herreros moraron de manera continua en San Sebastián, por ejemplo, Sebastián Valdés (1600-1605) y Andrés Malamchumbay, indio (1602-1619), con casos puntuales de presencia en Todos Santos, San Blas, y dentro de la traza, como lo hizo Pedro del Prado, un indio, en 1604.

Tanto el hospital (1612) como el Convento de San Agustín (1700) contaron con sus propios talleres al interior de sus predios.

De las herrerías salían hachas, espuelas, espadas, cadenas, clavos para puentes y para herrar tanto mulas como caballos, picos, azadones, almádenas y cedazos de hierro, entre otros. Estos trabajos fueron reconocidos por su factura, al punto que se los enviaba hacia Guayaquil.

Este oficio incluye a los cerrajeros, un tal Joan Pérez de Cárdenas era un herrero y cerrajero (1594); especialistas en espadas como Antonio de Párraga (1592) quien residió en la traza; y hacheros como el indio Andrés (1641).

No fue un oficio privativo de los indios.

Obrajes, batanes y actividad textil doméstica

Gil Ramírez Dávalos era propietario de un batán hacia 1565, el mismo que luego pasaría a manos de Jorge González. Su funcionamiento fue por corto tiempo.

(30) Ibid., p. 107.

(31) Libro Segundo de Cabildos de Cuenca (1563-1569), Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas, p. 161.

Cristóbal Barzallo de Quiroga, presente en Cuenca a partir de 1587³², trató de remediar, entre otros asuntos, “las cosas” que sucedían a los indios en los obrajes para lo cual estableció en 1598³³ un concierto con Martín Ortiz de Oquendo, un maestro de obrajes, para elaborar “xergas y demás ropa de obraje”. De igual manera no prosperó.

Tanto los batanes como los obrajes se establecieron en un lugar que en 1638 ya era conocido como el “sitio que llaman Batán”.

De todas maneras, la ciudad estuvo provista de telas provenientes de los obrajes del norte de la Audiencia de Quito, de los mercaderes que los compraban en Tierra Firme o de “lien-zos de la tierra”, obtenidos en la Gobernación de los Quijos.

Los tejedores indios mantuvie-

ron la tradición textil autóctona con su actividad doméstica. Desde los tejedores “cañaris” señalados por Cieza³⁴, son pocos los mencionados como tales artesanos: Francisco Chivato (1594) quien disponía de un telar de hacer frazadas, o la india que poseía una frazada “de la tierra”, hecha a makana (1624). Años más tarde, conoceremos a Joan, un indio tejedor (1673), y a Gerónimo, un indio que trabajaba como bordador, en 1604.

Quizá como una excepción, tenemos el caso de Joan, un negro tejedor de raza angola, en 1600.

Otras referencias escasas -insistimos- son las relacionadas a la presencia de la lana en algunos hogares; así, Mayora de la Cueva, una india, señala en 1605, que posee “madejas de lana” y en el inventario de los bienes de doña Joana Culquillaco, india, se

(32) Cuarto Libro de Cabildos... p. 594.

(33) ANH/C L493 f 396-397.

(34) Pedro de Cieza de León, *La Crónica del Perú*, (1553) 1941, Espasa-Calpe, S.A. p. 145. Tenemos dudas en que estos tejedores observados por Cieza “...tejiendo y hilando y aderezando sus ropas...”, p. 145, sean realmente cañaris, pues la misma información nos proporciona para los indios de Quito, *ibid.*, p. 126 “...hilan y tejen y se ocupan en hacer ropa...”; con la particularidad de que en esta ocasión su opinión es “... que debieron aprender de los ingas; porque yo he visto en pueblos de indios comarcanos al Cuzco...”. ¿Se trataba acaso de especialistas inkas los hombres observados en el área cañari?.

mencionan: “dos costales viejos de lana hilada” (1658); de su parte, Elena, india, señala ser dueña de cuatro ovillos pequeños de lana azul y tres de algodón en 1630.

Durante el último tercio del siglo XVII, esta actividad doméstica parece tomar fuerza como inferimos de expresiones tales como la de “quatro libras de lana hilada en que abrá quinze varas de bayeta” (1690); o en la de 1692: “un poco de lana hilada en que habrá quinze varas de bayeta”, encontradas en algunos testamentos; es decir, se estaba produciendo la bayeta de forma artesanal.

Molinos y panadería

La actividad molinera en Cuenca estuvo presente en el sector de Todos Santos aun antes de la fundación de la ciudad, con el molino propiedad de Rodrigo Nuñez de Bonilla. Fue un lugar que durante el siglo XVI adquirió importancia.

En San Sebastián, desde finales del siglo XVI, fueron instalándose un número cada vez mayor de molinos, siendo sus propietarios, entre otros, Martín de Arízaga (1594-1609); los

Hernández: Guillermo (1594), Pedro (1598-1627) y su heredero Joseph (1626-1629) hasta que lo vende a Pedro de León, en 1631, y el de Joan Andrea (1640-1653). Estos molinos fueron trabajados tanto por sus propietarios como también por las personas que los arrendaban. Durante el siglo XVII, el sector fue conocido como los “molinos de la ciudad”. Aquí tuvieron los jesuitas el suyo a partir de 1653.

Pedro y Joseph Hernández, tuvieron, además, un molino por bajo de los Depósitos del Inka.

Las harinas de trigo, de diferentes clases, eran vendidas durante el tránsito del siglo XVI al XVII en las minas de Zaruma; al decaer su actividad, se la comercializaba en Guayaquil. A veces se la convertía en bizcocho para su mejor conservación.

Para los siglos en estudio, no se dispone de datos relacionados a personas que se identifiquen como panaderos. De ahí que tengamos que remitirnos más bien a las escasas referencias de hornos al interior de algunos hogares. En algunos de éstos se elaboraba pan, bollos y dulces para

el consumo propio, en ocasiones los excedentes podían venderse. No tenemos noticia de persona alguna que se haya dedicado a la panificación a tiempo completo.

En el convento de las Conceptas, preparaban en 1626, alfajores y rosquetas, algunas indias bajo la vigilancia de la monja doña María de Santa Lucía, los cuales eran entregados a Diego Diez Franco, un tratante, para su comercialización. De Pedro López conocemos que entre sus bienes poseía: “una tabla de tender pan” y “dos canastos de llevar pan (para vender) en la Plaza (1617).

Solamente en los siglos posteriores, los panaderos se identificarán como tales, conformarán gremios y se concentrarán en los barrios de El Vado, San Sebastián y Todos Santos.

Conclusiones

El propósito fundamental de este trabajo ha sido el estudio del origen de los barrios artesanales de Cuenca.

En cuanto a la ubicación física de los artesanos en la ciudad, debemos señalar que el modelo segregacionista

impuesto por la administración colonial dio sus resultados antes que las disposiciones municipales locales. En efecto, la mayor parte de los artesanos, casi todos indios, se concentraron en las dos parroquias asignadas a ellos desde la fundación de la ciudad y, en menor número, en sus anejos contiguos. A la legislación de la Corona se sumaron consideraciones de tipo práctico o de disponibilidad de materia prima, de acuerdo a las condiciones geográficas de la región. Es posible que en el caso de las “ollerías de los naturales”, se mantuviera un emplazamiento artesanal prehispánico.

En estas parroquias, los artesanos indios tuvieron sus talleres al interior de sus hogares, desarrollando su vida al lado de sus familiares, junto a sus chacras y huertos. Casos de excepción lo constituyen, por ejemplo, los indios Joan Chapa o Pedro Chicaiza, artesanos de renombre en la ciudad que tuvieron sus talleres en las tiendas ubicadas dentro de la traza.

Los mestizos tuvieron cierta flexibilidad en su ubicación, aunque también se concentraron en las parroquias de indios.

Los artesanos blancos tuvieron sus talleres, en el caso de los plateros, al interior de sus domicilios dentro de la traza. En los oficios restantes, si bien residieron dentro de ésta, tuvieron sus sitios de trabajo fuera de ella como en el caso de los molinos o en el de las tenerías. La presencia de algunas herrerías al interior de los locales de las comunidades religiosas, más bien parece ser una prerrogativa de los eclesiásticos, pues tal situación era contraria a las disposiciones municipales.

Resulta muy interesante señalar que, a diferencia de algunas ciudades europeas del medievo (no tenemos referencias de los orígenes de los barrios artesanales de otras ciudades en América durante la época colonial), en Cuenca, para el período que nos ocupa, no podemos hablar, por ejemplo, de la calle de los zapateros o del barrio de los sastres. Si bien se señalan sitios como las “ollerías de

los naturales” o “caserías de los carpinteros”, tampoco podemos hablar de verdaderos sectores de artesanos ya que no se presentan de manera exclusiva, inclusive en los casos de ciertos artesanos que tienen sus hogares y sus talleres contiguos a los de sus colegas, pues no se va más allá de dos hogares colindantes.

Así mismo es de importancia indicar que lo anotado por Paniagua Pérez³⁵ y por su seguidor González, en el sentido de que el cabildo cuencano conminó a los artesanos a agruparse al interior de la ciudad, no tiene fundamento al no existir tal disposición.

Aunque de manera poco frecuente, se da el uso del término barrio desde comienzos del siglo XVII, es durante las tres últimas décadas en donde se lo hace más a menudo; por ejemplo, se menciona el barrio de San Sebastián o el de San Blas y, casi

(35) Tanto Paniagua, op. cit. p. 127, como González op. cit. p. 20, indican que el cabildo cuencano conminó a los artesanos a agruparse al interior de la ciudad. El acta de cabildo en cuestión señala al respecto: “En este cabildo se acordó que los oficiales de sastres, calceteros, zapateros y plateros que a esta ciudad vinieren y vivieren, como no sea vecino desta ciudad, que den fianza para que lo que hicieren, si lo dañaren lo pagaran: y así lo mandaron e firmaron”. Libro Segundo... p. 19. Se ve pues que no existe ninguna disposición en tal sentido.

como excepción El Vecino o el de San Cristóbal; mas no podemos referirnos aun a barrios artesanales, si bien algunos van delineándose, como la futura "Zuelería". El término barrio más bien debe entenderse, para esta época, en el sentido de suburbio que lo da Roslanouski ³⁶; así quizá podamos establecer correspondencia entre las parroquias de indios como barrios de artesanos.

No está demás insistir en la importancia de continuar los estudios sobre el origen o los orígenes de los barrios artesanales de Cuenca, pues algunos,

como "Las Herrerías", no existen, como se ha visto, durante los dos siglos en estudio. Es posible que "Las herrerías" no tengan su origen durante la Colonia...

Para terminar, queremos dejar señalada la importancia que tendría el estudio de los artesanos como verdaderos gestores de una ciudad; lo que implica tratar sobre su trabajo, su situación socio-económica, su pertenencia a determinada raza, su organización y la trascendencia de su labor en la ciudad y fuera de ella. ■

(36) Tadeusz Roslanouski, "El desarrollo de la vida urbana". Historia Universal, Salvat Editores, 1984, Tomo 4. p. 63.